

Colección «Pensar la Educación»
FLACSO (Área Educación)

Directores
Carlos Sklar | Andrea Brito

Experiencia y alteridad en educación

Carlos Skliar
Jorge Larrosa
(comp.)

Laura Duschatzky
Ricardo Forster
Jorge Larrosa
Joan-Carles Mèlich
Nuria Pérez de Lara
Carina Rattero
Carlos Skliar



FLACSO
ARGENTINA



Experiencia y alteridad en educación / compilado por Carlos Skliar y
Jorge Larrosa. - 1a ed. 1a reimp. - Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2011.
216 p. ; 22x15 cm. - (Pensar la Educación)

ISBN 978-950-808-586-3

1. Educación. I. Skliar, Carlos, comp. II. Larrosa, Jorge, comp.
CDD 370

1ª edición, abril de 2009

1ª reimposición, diciembre de 2011

© 2009 · **Homo Sapiens Ediciones**

Sarmiento 825 (S2000CMM) Rosario · Santa Fe · Argentina

Telefax: 54 341 4406892 | 4253852

E-mail: editorial@homosapiens.com.ar

Página web: www.homosapiens.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN: 978-950-808-586-3

Diseño interior: María Victoria Pérez

Diseño de tapa: Lucas Mililli

Esta tirada de 1000 ejemplares se terminó de imprimir en diciembre de 2011

en **Talleres Gráficos de Imprenta Editorial Amalevi**

Mendoza 1851/53 | 2000 Rosario | Santa Fe | Argentina

ÍNDICE

PRÓLOGO	
<i>José Contreras Domingo</i>	7
CAPÍTULO 1	
Experiencia y alteridad en educación, <i>Jorge Larrosa</i>	13
CAPÍTULO 2	
Escuchar al Otro dentro de sí, <i>Nuria Pérez de Lara</i>	45
CAPÍTULO 3	
Antropología de la situación, <i>Joan-Carles Mèlich</i>	79
CAPÍTULO 4	
Los rostros de la alteridad, <i>Ricardo Forster</i>	97
CAPÍTULO 5	
Los tejidos de la experiencia, <i>Ricardo Forster</i>	121
CAPÍTULO 6	
Fragmentos de experiencia y alteridad, <i>Carlos Skliar</i>	143
CAPÍTULO 7	
La pedagogía por inventar, <i>Carina Rattero</i>	161
CAPÍTULO 8	
Palabras para una educación otra, <i>Jorge Larrosa</i>	189
EPÍLOGO	
En busca del murmullo perdido, <i>Laura Duschatzky</i>	205

Prólogo

José Contreras Domingo

Decir algo sobre la experiencia, como hacerlo sobre la alteridad, puede llegar a ser lo mismo que intentar conservar un puñado de agua: a la vez que la sentimos, que durante un momento hemos pensado que lo hemos conseguido, sin embargo, al sacar la mano del agua, solo vemos cómo chorrea, cómo se nos escapa. Y sin embargo, la hemos sentido, hemos podido notar la posibilidad de tenerla, de percibir las sensaciones que nos produce; mientras manteníamos la mano sumergida, la hemos ahuecado y por un momento la hemos sentido plena de líquido. No, no ha sido en vano; aún conservamos las sensaciones y, junto con la consciencia de la imposibilidad de nuestro reto, mantenemos la vivencia de haberlo hecho.

Hablar sobre la experiencia puede llegar a ser algo de esto, porque toda experiencia, si nos toca profundamente, si nos ha hecho mella, tiene algo de inasible, de impronunciable; cualquier intento de decirla va acompañado de un sentimiento íntimo de incompletud, de incapacidad para expresar los matices, los efectos íntimos con que fue vivida, de imposibilidad de dar cuenta de todos los aspectos de que se compuso lo vivido, de la dificultad de explicar la forma en que fue percibida e hizo trama con distintas dimensiones y facetas personales. También sabemos de nuestra dificultad para contar sensaciones y repercusiones llenas de ambigüedad o incluso de contradicciones. Todos hemos experimentado el difícil tránsito desde nuestras sensaciones íntimas, multiformes, desordenadas, sin

nombre, a su expresión en los términos, no ya del lenguaje disponible, sino de nuestra comprensión y afectación de lo vivido. Es como la frustrante sensación que tenemos a veces con algún sueño cuando, al despertar, se te deshilacha conforme intentas recordarlo, retenerlo. Y sin embargo, sabemos que eso que se nos escapa, que no conseguimos decir, para lo que cualquier expresión se nos muestra insuficiente, es justo sobre lo que necesitamos pensar, para lo que tenemos que encontrar palabras y sentido. Es la tensión de la insuficiencia lo que mueve la búsqueda.

La sorpresa del otro, de la otra, el misterio, la dificultad de su comprensión, la imposibilidad de asimilarlos a nuestras visiones y concepciones, a no ser que lo hagamos a costa de quienes son, supone de por sí la posibilidad de una experiencia... de una experiencia de esas para la que no encontramos expresión cabal. De aquellas que necesitan ser pensadas, para las que quisiéramos encontrar palabras, poder decir lo que nos supone. Y a la vez, el encuentro con el otro, con la otra, puede ser ni más ni menos que eso: intercambiar palabras, palabras que son el eco de una experiencia, quizás de la experiencia misma del encuentro.

Paradójicamente, necesitamos palabras para darnos cuenta de su imposibilidad de dar cuenta con ellas de la experiencia. Necesitamos encontrar la expresión de los límites de la expresión al hablar de la experiencia, al intentar expresar el reconocimiento del otro, nuestra experiencia de la alteridad. Pero necesitamos sobre todo palabras, pensamientos, relatos, diversas formas textuales, para abrirnos a la posibilidad de la experiencia, para hacernos sensibles a ella. Doble paradoja, porque lo más probable es que nuestra dificultad para abrirnos a la experiencia y al otro se deba a nuestro exceso de palabras, en esta caso palabras que actúan como ruido, como distorsión sonora que llenan el espacio, que impiden el silencio necesario de la escucha atenta. Así pues, necesitamos palabras para aprender a silenciar toda aquella palabrería que se interpone entre nosotros y lo otro; entre mí y el otro, la otra, lo otro; sí, pero también entre mí y mí. Necesitamos palabras para conectarnos de nuevo con nuestra capacidad de relacionarnos de otra manera con el mundo, con los otros, con nosotros mismos. Llenos como estamos de teorías, de presupuestos, de explicaciones, de lenguajes-coraza, de lenguajes-tapón, necesitamos aquellas

palabras que nos ayuden a deshacer esos parapetos, para que lo vivido pueda ser escuchado de otro modo, más atento a lo que hay, más abiertos a dejarnos resonar. Para que la experiencia de la relación, de los otros, nos llegue, no desde nuestras categorías, sino desde nuestra disposición a ir las deshaciendo.

Necesitamos palabras que nos permitan explorar en nosotros, en nuestras vivencias, cómo significan de nuevo, qué sentido tiene aquello que vivimos, o qué necesidad tenemos de vivir algo, de abrirnos a que lo otro nos diga algo imprevisto, no acuñado. Necesitamos palabras que nos traigan, no discursos sustitutivos de los que ya tenemos, sino aquel lenguaje que nos permita explorar-nos, sentir-nos, imaginar-nos. Aquel que nos prepare a que lo nuevo sea acogido y vivido como novedad, a que el otro sea acogido y vivido como otro. Necesitamos palabras para recuperar el silencio, para prepararnos para lo imprevisto, para la escucha.

Los textos que componen este libro pueden ser leídos así: como la oportunidad para hacer una operación de limpieza en nosotros mismos; como una apertura de nuevos canales de relación, de comunicación; como la mirada hacia dentro de sí para buscar las propias fibras sensibles. No son textos que nos dicen lo que hay que escuchar, sino que son invitaciones para ponernos a escuchar, a sentir. No son textos escritos para decir lo que hay que pensar, sino que están hechos para que, al leerlos, nos pongamos a pensar. No están aquí para decirnos quién es el otro, sino para suspender las certezas que nos resuelven la pregunta.

La educación es el lugar de la relación, del encuentro con el otro. Es esto lo que es en primer lugar y por encima de cualquier otra cosa. Es esto lo que la hace ser, lo que le da posibilidad de ser. Y sin embargo, participamos de una dominancia cultural y de unas instituciones, que se dicen educativas, en las que ese encuentro se piensa como predeterminado: son espacios educativos que han decidido quién es el otro, o más aún, quiénes son y tienen que ser quienes se encuentran, qué tiene que ocurrir, y qué hay que esperar de ese encuentro, qué hay que conseguir del otro. Es decir, lo más extraño a la posibilidad de la experiencia: de aquello que irrumpe, que nos toma por sorpresa, que nos conduce por caminos imprevistos, que nos enfrenta a los misterios del vivir, de las relaciones, de los otros. Por eso se nos hace urgente pensar (y vivir)

la educación desde lo que las propias palabras de «experiencia» y de «alteridad» nos sugieren: para poder plantearla como un encuentro, sin convertir al otro en el objeto de nuestra programación, pero, a la vez, asumiendo la responsabilidad, el deseo educativo de ese encuentro, esto es, la aspiración, la apertura a que este sea formativo, una experiencia nueva de ser y de saber.

No se trata solo de poder pensar nuestra práctica educativa como experiencia, o de mirar a nuestros estudiantes, o a aquellas y aquellos con quienes asumimos responsabilidades educativas, como «otros». Se trata también de si la propia vivencia del encuentro educativo puede ser una experiencia para niños, niñas y jóvenes. ¿Sería posible pensar, expresar, vivir la educación como una experiencia, como un experimentar, sentir y aprender, que no trate solo de «cosas», de «conocimientos», sino también de nosotros? ¿Experiencias que pongan en juego (que *nos* pongan en juego desde) la imaginación, la sensibilidad, la relación entre el hacer y el decir, la relación entre las palabras y las cosas, la narración y nuestras historias, la pregunta abierta, el no saber y quedarse pensando, o probando, el quedarse sorprendidos, ensimismados? ¿Sería posible como conversación sin guión, dejándose llevar, abriéndose a lo que cobra sentido, necesidad, libertad? ¿Sería posible sin dar por supuesto quién es y ha de ser cada uno y cada una, y abriendo y explorando posibilidades de ser, sueños de ser, deseos de ser?

Evidentemente, todo esto es más fácil de formular, de soñar, que de vivir. Pero necesitamos de los sueños, de la imaginación, para abrir el deseo. Como necesitamos de la exploración de nosotros mismos y de nuestra relación con lo otro y con los otros para ir abriendo la realidad. Necesitamos el trabajo sobre sí para recuperar, conectar y abrir en nosotros estos espacios de ser y de hacer. Los capítulos que vienen a continuación son también una invitación a este recorrido, a este buscar en sí, a este pensarse-explorarse. Y lo son, no solo desde el leer-pensar, sino también desde una propuesta de buscar en la escritura. Necesitamos palabras, decía yo antes. Pero las palabras que necesitamos no están ya todas expuestas, esperándonos. Muchas de ellas las tenemos que buscar, que degustar, que probar para ver si son las que nos permiten abirnos, escuchar, estar atentos, preguntarnos. Hay algo en la escritura que tiene que

ver con la intimidad, con un encuentro entre ti y ti. «Escribir —dice María Zambrano— es defender la soledad en que se está; es una acción que solo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente por la lejanía de toda cosa concreta, se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas... Al escribir se retienen las palabras, se hacen propias, sujetas a ritmo, selladas por el dominio humano de quien así las maneja... Mas las palabras dicen algo. ¿Qué es lo que quiere decir el escritor y para qué quiere decirlo?... Quiere decir el secreto; lo que no puede decirse con la voz por ser demasiado verdad; las grandes verdades no suelen decirse hablando. La verdad de lo que pasa en el secreto seno del tiempo, es el silencio de las vidas, y que no puede decirse. “Hay cosas que no pueden decirse”, y es cierto. Pero esto que no puede decirse, es lo que se tiene que escribir»¹.

La experiencia de rastrear las palabras con las que decir la experiencia, con las que sentir y pensar la sorpresa del otro, la experiencia de las relaciones con los otros, es ir la busca de secretos, a la busca de lo que no puede decirse, de lo que no nos decimos, pero que necesitamos escribirlo para abrirle una posibilidad a los sentidos (a las sensaciones, a los significados, a las razones de ser, a los sentimientos, a las orientaciones... al sentido). Aunque se nos escape... como un puñado de agua. Aunque solo sea vislumbrar, sentir. Tocar con la punta de los dedos esas gotas, quedarnos con la humedad de la experiencia y del misterio del otro en la palma de la mano, aunque se nos escape entre los dedos...

1. María Zambrano. «Por qué se escribe». En *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza, Madrid, 2000, pp. 35-38.